

¿Qué acompañamiento espiritual necesita el sacerdote?

«Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”. Entonces dice a sus discípulos: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”» (Mt 9,36-38).

Cuando Jesús mira a la muchedumbre, se compadece de ella. ¿Por qué? Ante todo, porque Cristo tiene un corazón bueno, tiene el corazón de Dios, el corazón del Padre, rico en misericordia. En definitiva, Cristo nos ama.

«¡Me quiere mucho!»

Hace algunas semanas pude confirmar esto al encontrarme en España con el testimonio de una monja cisterciense de 91 años, muy anciana y enferma, una de esas figuras que considero como columnas escondidas no solo para sostener la Orden, sino a toda la Iglesia. Estábamos hablando de su oración, de cómo cultivaba su relación intensa y franca con Jesús, que le da la fuerza y la serenidad para vivir cada día con plenitud, a pesar de la fatiga física y moral de su condición, y la soledad que ella comporta, aun viviendo en una comunidad bonita. Le pedí que me diera razón de la verdad e intensidad de su vida. Su respuesta fue sencilla y total al mismo tiempo. Volviéndose hacia el sagrario de la capilla de la enfermería donde hablaba con ella, me dijo: «¡Me quiere mucho!».

Tal vez nosotros habríamos dicho: «¡Quiero mucho a Jesús!». Habríamos hablado de nosotros como sujeto, habríamos mirado la relación con Cristo como si dependiera de nosotros, en lugar de detenernos, como esta monja, a contemplar a Cristo como sujeto y fuente de nuestra relación de amor con él. Pero sabemos bien que decir que lo amamos mucho nunca es verdad hasta el fondo. Igual que Pedro –por lo menos a la tercera pregunta de Jesús: «¿Me quieres?»–, sentimos que no podemos garantizar realmente nuestro amor a Cristo. «Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: “¿Me quieres?” y le contestó: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”» (Jn 21,17).

Decir que Cristo nos quiere, que Cristo nos quiere mucho, y detenerse en esto a la hora de definir la gracia y la plenitud de nuestra vida, es la verdad, es la conciencia de la verdad de la vida. Cada día, desde hace muchos años, esa monja anciana vuelve a partir desde esta conciencia, desde esta experiencia que se renueva en la oración, en la escucha, en la adoración: «¡Jesús me quiere mucho! ¡Me quiere gratuitamente! ¡No necesito otras razones para ofrecerle mi vida, otras razones para amarlo y para amar a los demás!».

Pensemos en san Pablo, en cómo estaba impregnado de esta conciencia que le ponía en movimiento: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, *que me amó* y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios; pero si la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano» (Gál 2,19-21).

La «gracia» consiste precisamente en que Cristo nos quiere mucho, y mucho quiere decir hasta entregarse por mí, hasta morir por mí gratuitamente.

Pues bien, nosotros somos los primeros que estamos llamados a no volver vana, vacía, inútil y estéril esta gracia, este amor de Cristo por cada uno de nosotros y por tanto por toda la humanidad, que para nosotros empieza en la «carne» de la comunidad de Iglesia que el Señor confía a nuestro cuidado pastoral.

Me viene a la mente una puerta de bronce del Santuario de Aparecida en Brasil, obra del artista brasileño Claudio Pastro, que representa la Anunciación. El ángel Gabriel está delante de la Virgen y en la mano que tiende a María tiene un corazón de oro marcado con una cruz. Es el símbolo del Verbo que es completamente *Ágape* y que se presenta ante María para entrar en el mundo, encarnarse, hacerse hombre. Todo está contenido ya en el amor de Cristo que le pide permiso a la Virgen para hacerse carne en ella y a través de ella. En la puerta de bronce de Pastro, a la mano del ángel que ofrece el corazón de Cristo corresponde la mano de María delante de la cual aparece la palabra FIAT. La Virgen dice que sí a la petición de Cristo, que nos ama y quiere entrar en el mundo.

Esta representación de la Anunciación me hace pensar en una conocida definición de sacerdocio que expresaba el Cura de Ars: «*Le sacerdoce, c'est l'amour du Coeur de Jésus* - El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús».

Quizá pensaba en el amor del sacerdote por el corazón de Cristo, pero creo que sobre todo pensaba en el amor del corazón de Cristo por el mundo que el sacerdocio cristiano está llamado a expresar, a anunciar, a transmitir a todos.

Enviado a las ovejas perdidas

«Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas».

Sin embargo, este amor de Jesús es solo, por así decir, el polo positivo del circuito eléctrico. El polo negativo es la dispersión, el extravío de la muchedumbre: «porque estaban extenuadas y abandonadas, *como ovejas que no tienen pastor*».

Estar extraviados es una situación que puede ser inocente o culpable, puede ser un estado que uno sufre por debilidad, por fragilidad, como un niño que puede perderse; o puede ser un estado elegido, querido, que nos lleva a abandonar voluntariamente nuestra casa, nuestro camino, a las personas que nos definen en nuestra identidad, como cuando el hijo pródigo de la parábola decide abandonar a su padre, su casa, su familia y su patria e irse a un país lejano para sumergirse en la perdición. Es una perdición que el mismo Jesús califica como «muerte»: «este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc 15,24).

Pues bien, Jesús encierra en esta compasión todo el sentido de su venida. Toda la misión del Hijo expresa, realiza, la compasión de Dios por la perdición del hombre: «Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

Entonces, después de expresar su compasión por la perdición de las ovejas, sintiendo dentro de sí todo el ardor de la misión que el Padre le ha confiado, y también el horizonte infinito de su realización, Jesús piensa inmediatamente en asociar a sus discípulos a esta misión suya, a esta compasión suya, y no solo a los discípulos presentes, sino también a los futuros, también a nosotros: «Entonces dice a sus discípulos: “La mies es abundante,

pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies"» (Mt 9,37-38).

Jesús mira la mies abundante. Es como si su mirada de compasión adquiriera tintes de desolación, porque es como si viera todos los límites del método de salvación que ha decidido con el Padre: el método de la Encarnación redentora, el método de venir en persona, primero en su carne y después en la carne de la Iglesia, para proponer la salvación a toda la humanidad sin obligar a nadie. Siempre cito una frase de san Bernardo de Claraval que es una obra maestra de síntesis del cristianismo: «*Venire voluit qui potuit subvenire* – Quiso venir aquel que habría podido conformarse con ayudarnos» (*In vigilia Nativitatis Domini, Serm III,1, PL 183*).

Para Dios habría sido más sencillo ayudarnos como él sabe y puede. Habría podido cambiar todos los corazones desde el cielo, llevarlos a él, realizar un Pentecostés universal en el que toda la gracia se derramaría sobre el mundo para transformarlo todo en bien, lo quisiéramos o no. En cambio, quiso venir, quiso esforzarse en una misión de evangelización, de convencimiento, de trabajo paciente con las obtusas libertades humanas, que siempre parece que para dar dos pasos hacia adelante dan tres hacia atrás... En resumen, por un escrúpulo lleno de respeto total hacia nuestra libertad, un escrúpulo que en Dios se llama amor, caridad, misericordia, Dios quiso venir, y si él no se ha echado para atrás, estamos condenados a seguir también nosotros este método, para nuestra salvación y la de los demás.

A veces, cuando tengo problemas demasiado grandes que afrontar, me digo: «¡Ojalá llegase hoy la Parusía! ¡Así evitaría tener que escribir esta carta, tener que mantener esta conversación, hacer este viaje cansado, gastar el aliento y las energías en empresas en las que no hay esperanza!».

El problema es que, antes de la segunda venida, Jesús vino la primera vez en un modo que no deja espacio a las ilusiones sobre el sentido de la segunda. Cristo no vendrá al final del mundo para realizar una salvación, una redención distinta de la primera. No vendrá diciendo: «Veo que la encarnación, la vida terrena, la muerte y la resurrección y la Iglesia que he instituido, no han servido para nada. He comprendido que habría hecho mejor en conformarme con ayudaros en lugar de venir. Pasemos un trapo mojado sobre todo esto y acabémoslo con un buen milagro: ¡todos liberados, lo quieran o no!».

Pero Dios es testarudo con sus métodos de amarnos y salvarnos. La gracia es gratuita a la hora de proponerse, a la hora de llamarnos, de escogernos, pero con una gratuidad que no elimina, sino que exalta nuestra libertad y la libertad de todos.

Por eso, incluso cuando ve que la mies es abundante y que los trabajadores son pocos, Jesús no transforma, por así decir, los peces en pescadores, las ovejas en pastores, las multitudes perdidas en apóstoles. Pide que pidamos, reclama que reclamemos, mendiga que mendiguemos. Pide un trabajo entre nuestra libertad y la libertad del Padre. Somos libres de pedir o no pedir. La posibilidad de pedir es una libertad que conserva siempre hasta el último de los pobres y de los mendigos, el último de los presos. También el Padre es libre de escucharnos o no. «Rogad al Señor de la mies», es decir, comprometed vuestra libertad para pedir. ¿Y qué está en juego en este trabajo entre nuestra libertad y la libertad del Señor? «... para que mande trabajadores». Lo que está en juego es la misión, la misión del Hijo que se encuentra, por así decir, limitado y obligado por el método de la redención que, como decía, es la encarnación, es la predicación, es la pastoral, es la Iglesia, los sacramentos, la comunidad cristiana, el testimonio de los miembros de su Cuerpo.

Pastores y pescadores

En medio de toda esta dinámica determinada por la voluntad de Dios de crear y no revocar la libertad humana frente a él, para que se cumpla en el amor, imagen de su naturaleza divina, trinitaria, en medio de todo esto, hay «trabajadores» llamados a cosechar lo que el Padre ha sembrado en el mundo con la muerte y resurrección del Hijo y que el Espíritu de Pentecostés hace germinar y madurar por todas partes. En resumen, hay personas enviadas por el Padre igual que ha enviado al Hijo, con el Hijo, en el Hijo para trabajar en este campo, en esta «mies abundante».

Jesús habla aquí a los apóstoles, pero también a los 72 discípulos que en el Evangelio de Lucas Jesús acaba de elegir y enviar de misión: «Designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: “La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”» (Lc 10,1-2).

¿Cómo escucharían los apóstoles y esos 72 discípulos estas palabras sobre la escasez de obreros y por tanto sobre la necesidad de pedirle al Padre que envíe obreros? Estaban bastante entusiasmados por haber sido elegidos y enviados, y volvían de las primeras misiones contando que su empresa había sido fecunda y apasionante (cf. Lc 10,17). Entonces parece como si Jesús los previniese, antes de enviarlos, acerca de sus futuros fracasos, desánimos y desilusiones. Como cuando les diga a los apóstoles que recuerden que son «siervos inútiles» (Lc 17,10).

Es como si Cristo quisiera que, en el corazón de la misión pastoral que confiaba a determinados discípulos para encarnar con él la compasión del Padre por las ovejas perdidas sin pastor, hubiese siempre como una herida abierta por el sentimiento de impotencia, de insuficiencia, de inutilidad. Pero no un sentido de insuficiencia como fin en sí mismo, como algo deprimente y autorreferencial. Quiere que sea un sentimiento de insuficiencia que pida al Padre, es decir, que vuelva sensible en nosotros la necesidad del Padre, la dependencia filial de él, la necesidad que tenemos de pedirlo y recibirlo todo de él. En definitiva, lo que está en juego no es tanto el número, sino la calidad de los obreros de la mies.

Pero el mismo Jesús rezaba, el mismo Hijo de Dios preparaba sus jornadas apostólicas, dedicadas a predicar y a cuidar a las ovejas perdidas, a las muchedumbres de ovejas perdidas; el mismo Jesús preguntó al Padre a quiénes tenía que elegir como apóstoles, a quiénes mandar como obreros de la mies. Esto nos permite comprender que este sentido de insuficiencia que se expresa en petición, que depende, que mendiga todo del Padre, no puede deberse solo a nuestra miseria de hombres pecadores; es una realidad, un tipo de relación con Dios que nos revela aquello que en la Trinidad es ontológico, naturaleza eterna del Ser divino. En el fondo, al pedirnos: «rogad al Padre para que envíe», es como si Jesús quisiera que cada misión nuestra, cada ministerio nuestro y todo nuestro ser misioneros, ministros, pastores, estuviera, por así decir, conectado con la fuente del Ser y del Amor, con la fuente eterna de esa compasión del corazón de Cristo que encarna la compasión del Padre, la compasión del Espíritu Paráclito. En definitiva, para Jesús se trata de vivir la misión pastoral sin separarse nunca, ni un milímetro, ni un instante, de Aquel que nos envía y del amor, de la caridad, de la compasión por la que él nos envía y en la que él nos envía. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21).

Qué acompañamiento necesitamos

Todo lo que he dicho hasta ahora, en el fondo, no es más que la premisa para ayudarnos a comprender qué acompañamiento necesita un sacerdote, un pastor. En el fondo, la pregunta es esta: ¿qué acompañamiento necesita quien tiene la misión de ser *in persona Christi* pastor de las ovejas perdidas?

Y la respuesta es que necesitamos esencialmente ser ayudados a no perder o a recuperar, y a alimentar siempre esa conexión con el Padre, esa comunión con el Padre que alimentaba constantemente la misión del mismo Jesús. «El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,29).

Un verdadero acompañamiento que sostenga el camino de la misión debe ayudarnos esencialmente a renovar una y otra vez la conciencia de que ser enviados por Dios no quiere decir tener que irnos lejos de él, sino partir con él para llevarlo a él hasta los confines del mundo y de la historia. Nos acompaña, nos ayuda, nos corrige y nos conforta quien nos permite renovar la adhesión al Señor.

No se trata de una técnica o de una ayuda profesional, sino de que haya regularmente en nuestra vida personas, momentos y gestos que ayuden a nuestra libertad a recordar que «sin Él no podemos hacer nada» (cf. Jn 15,5), ayudándonos con la escucha, la palabra (sobre todo la Palabra de Dios) y la paternidad y amistad a volver a experimentar que no poder hacer nada sin Cristo es una conciencia que dilata el corazón, que le permite descansar y renueva sus energías, porque en realidad nos permite tener la experiencia positiva de que «con Él lo podemos hacer todo», porque Él lo hace todo en nosotros y a través de nosotros, igual que el Padre obraba todo a través del Hijo.

Recientemente ha muerto en Milán un monje de 101 años. La última vez que lo vi el año pasado estaba bastante enfermo en su habitación y subí a visitarlo. Me dijo enseguida: «¡Su visita hace que me encuentre bien!». Yo le respondí: «¡Entonces he hecho un milagro!». Y él me rebatió, sonriendo: «¡Es su deber!».

Sí, es tarea nuestra hacer milagros, pero esto es posible si dejamos que los haga el Señor, al que nos entregamos con fe por nosotros mismos y por los demás.

Por eso, antes que encontrar a la persona o los momentos que nos ayuden, es importante mantener despierta en nosotros esta necesidad. Uno no identifica y no reconoce la ayuda si no es consciente de la necesidad que tiene. Por eso con frecuencia pensamos que encontramos ayuda en lo que no corresponde verdaderamente con nuestra necesidad. Es verdad que no siempre es fácil encontrar quien nos acompañe, o el confesor que nos ayude y nos aconseje, pero he visto muchas veces que lo más importante es ser honestos nosotros mismos con esta necesidad, es decir, no censurar el sentimiento de insuficiencia que en realidad aflora en nosotros cuando estamos verdaderamente comprometidos con el cuidado del pueblo de Dios. No se trata de sentirnos siempre tristes y deprimidos por nuestros límites, sino de reconocer que solos, si pretendemos ser autónomos, nos condenamos a la esterilidad, a la grisura y a la dispersión de todo lo que somos, decimos o hacemos. «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12,30). Pero estar con Jesús no quiere decir estar con un rey poderoso que domina todo; quiere decir estar con un amigo, más aún, con un esposo que nos ama infinitamente.

Todos tenemos experiencia de la disipación, de la dispersión cuando perdemos el centro, el eje de toda la vida. Todo, incluso las cosas buenas, se convierte en un fragmento autónomo, desligado del conjunto. Es como si cada cosa quisiera ser el todo, y entonces, en lugar de ser como un director de orquesta que armoniza cada instrumento para conseguir una bella sinfonía, nos vemos sufriendo las desafinaciones de cada instrumento al que no le importan los demás. Pero es tarea del director poner en relación, en comunión, a los instrumentos entre ellos. Es tarea del pastor crear comunión entre las ovejas para que formen un rebaño y no un grupo de perdidos. Por ello, es importante que esta unidad armónica, antes de darse en la orquesta, se dé en el corazón del director, que él sea el primero en tener este sentido de la unidad. Pero nosotros no tenemos este sentido por nosotros mismos, sino que lo recibimos de Cristo. San Benito pide a los monjes «no anteponer nada al amor de Cristo» (RB 4,21).

Quiero decir que encontramos quién nos ayuda y acompaña, y también qué nos ayuda y nos acompaña en la medida en que, teniendo conciencia de la misión que se nos ha confiado, reconocemos con verdad nuestra impotencia para realizarla de forma autónoma. Quien tiene esta conciencia de la vocación y misión y reconoce su límite interior, es decir, que no somos nosotros los que nos hemos elegido y enviado y que la misión de la que somos obreros es milagro, es decir, obra de Dios, entonces sabe que la ayuda que más necesita es encontrar el sentido de dependencia del Señor, del Padre. Nos ayuda quien nos permite vivir la necesidad de ayuda como plenitud de respuesta a nuestra vocación, y también como plenitud de humanidad, de verdadera madurez que nos hace ser autoridad para los demás.

En el fondo, se trata de reconocer que uno es más pastor en la medida en que es más oveja, cordero, es decir, consciente de tener necesidad de un pastor; uno es más padre cuanto más es hijo; y uno guía más cuanto más sigue. La autoridad moral cristiana es la paternidad de Cristo, que es una paternidad filial y fraterna. San Benito dice que el abad se llama «abba», Padre, porque está llamado a encarnar la paternidad de Jesús, y por tanto, precisamente, la paternidad del Hijo que, como consecuencia inmediata, es fraterna.

Preguntémonos ante todo si cultivamos esta conciencia en nuestro ministerio, a la hora de vivir nuestra misión pastoral. Porque solo desde esta conciencia podremos reconocer quién, cómo y qué puede ayudarnos verdaderamente a transformar en vida esta conciencia verdadera y eclesial de Dios y de nosotros mismos.